

RECUERDO A JOSE LUIS SERT

Pocas veces un gran arquitecto de un gran país se arriesga y asume el papel ingrato de animador itinerante: un prudente mantenerse a la expectativa es más fácil, más cómodo y, a veces, más remunerador. Sin embargo, José Luis Sert se ha arriesgado, y esta toma de posición suya es tanto más importante, en cuando significa el mantenimiento de una llama creadora a través de todas las descargas de una tempestad que barría el mundo entero. Añadamos, por otra parte, a guisa de corolario, que, desde 1931, en tiempo de la plena efervescencia de los CIAM (Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna), de la CIRPAC (Comisión Internacional para la Realización del Problema Arquitectónico Contemporáneo), y del GATEPAC (Grupo de Arquitectos y de Técnicos Españoles para el Progreso de la Arquitectura Contemporánea), las diferentes fases de la actividad de Sert son claro exponente de la intransigencia de un dominador seguro de sí mismo, revelan la naturaleza de un hombre que rechaza los compromisos y contemporizaciones, y manifiestan los principios nítidos que guían todas sus acciones.

La apertura indispensable al exterior, la no menos necesaria a las formas renacentes del arte así como la edificación acelerada de una sociedad liberada de las trabas y prejuicios del pasado fueron parte inicial de su programa. Por añadidura, los lazos que constituyen relaciones culturales vastas y que deben llevar a la expansión razonada de la nueva arquitectura convergen muy pronto, bajo su orientación, hacia la búsqueda de una posible solución de los problemas relativos a la metamorfosis del espíritu de invención mediterráneo en el seno de una comunidad de naciones unidas y pacificadas por un urbanismo humano.

En posesión de una idea exacta de los errores del pasado y del presente, Sert concibe el destino de la arquitectura ligándola íntimamente a las leyes determinantes de una autonomía espontánea, cuya amplificación iba a comportar el desarrollo radical de su técnica. Esta esperanza, que le ha acompañado hasta aquí, no le ha impedido considerar la situación sin un exagerado optimismo. Las desgracias y los fastos de la construcción contemporánea no han hecho sino confirmar, para su justo punto de vista, la necesidad de actuar con realismo y con perfecta lealtad.

Y henos aquí subyugados, arrastrados por este calor radiante, por esta luz que regenera, por la sabiduría y los ritmos de una existencia destinada a la eclosión de planos singularmente equilibrados. Y no es la menor de las aportaciones de José Luis Sert el haber sabido, en obras de una psicología alerta y refinada, relatar simultáneamente una parte de la bellísima historia de la arquitectura americana, revivida a través del espejo catalán y presentar, mediante toques sensibles, algunos de los



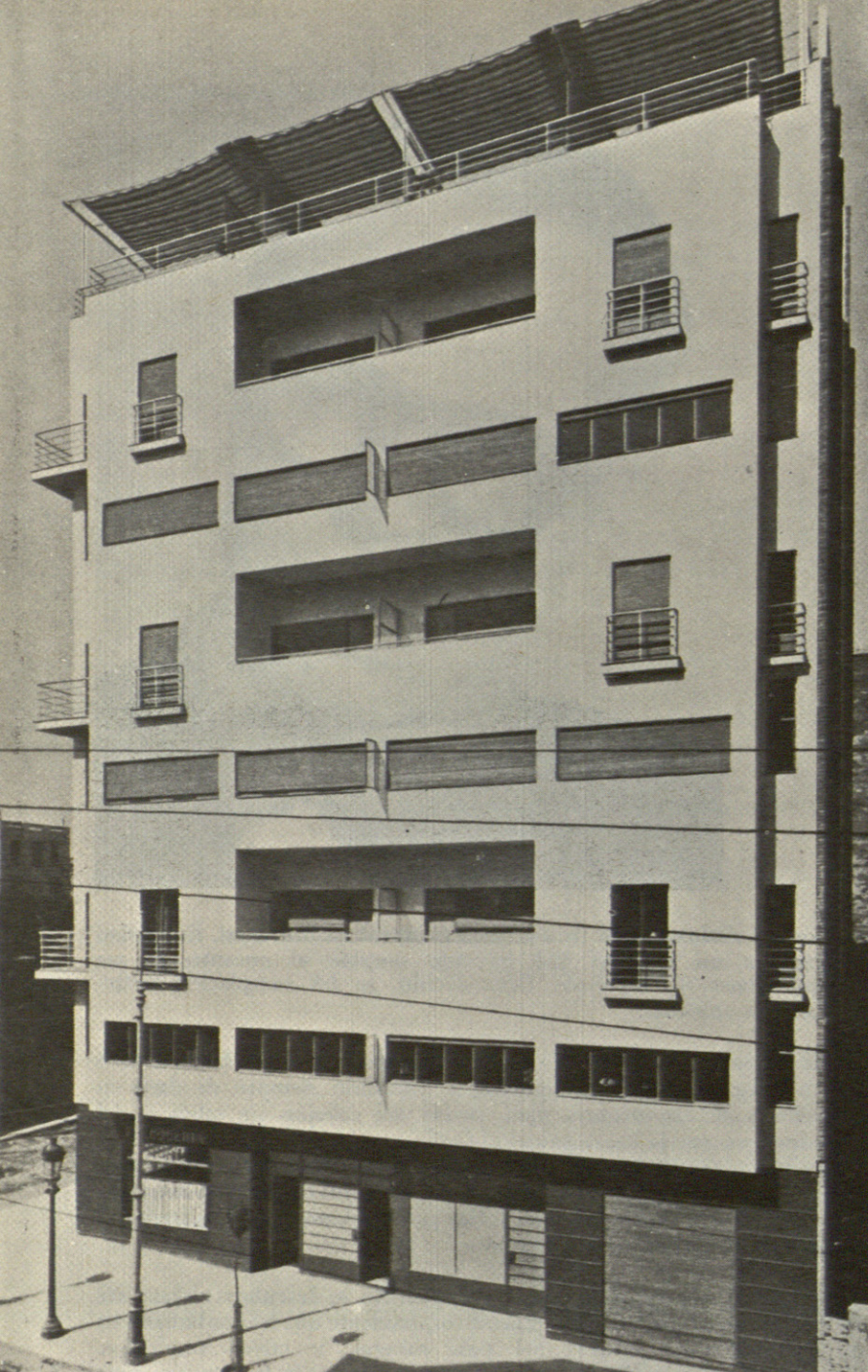
planos del deslumbrante fresco de la arquitectura funcional. En verdad subyugó a un entorno que ha sido sensible al encanto de sus composiciones y, no hace falta decirlo, se ha complacido extremadamente con ellas.

Habiendo superado todos los obstáculos de una carrera, sin haberse visto nunca relegado a una vía muerta, y cuidando siempre de darle su revancha a la arquitectura para sacarla del callejón sin salida y del abandono en que la había situado la indiferencia (esta indiferencia, que todavía hoy suscita los más diversos tipos de *contestación*), puede muy bien decirse que Sert —al modo de los renovadores contemporáneos más importantes— ha realizado una de las penetraciones más fulgurantes a través de la noche de nuestro tiempo.

En efecto, al analizar al hombre y al arquitecto, se descubren claramente las líneas magistrales de una empresa sorprendente que ha continuado en el extranjero los sueños del país natural, y cuyos resultados, excepcionalmente profundos, reconstituyen, mediante la truchimanería del arte, las fuerzas de una España nueva, con su poder, su mística, su pasión, su intensidad y su sed de absoluto.

Los efectos de esta arquitectura, que tienen un frescor centelleante, que provienen de una memoria conservada y surgen de una intacta presencia, hacen de Sert un caso muy particular en el que transparecen las verdades interiores incluso, acaso, a pesar suyo. Mucho más reveladoras que muchas formas aparentes, las estructuras de Sert demuestran que su racionalismo es una componente esencial de la construcción viva. Para él, privar al hombre de tal cosa sería obligarle a hundirse en concepciones erróneas, en la rebelión inoperante de una carrera especulativa, para acentuar la confusión y convertirlo una vez más en esclavo de datos preconcebidos o caducos.

No estamos dispuestos a olvidar el denuedo con que José Luis Sert se dio a componer los elementos primordiales de uno de los aspectos sorprendentes de la arquitectura moderna, aspecto que ilustra bien la inteligencia que ha enfrentado a esa incompreensión tantas veces diríase general. Si sus trabajos revelan plenamente los diversos estadios de sus investigaciones, su método, siempre alerta, recibe y transfigura las expresiones más adecuadas al momento creador. Sin duda, los pasajes más eficaces de esta estructuración moviente son, allende los hechos objetivos, estéticos y plásticos, aquellos en los que ha imaginado y concebido la arquitectura con una extraordinaria lucidez.



Si bien es más difícil inclinarse más sobre la experiencia real que sobre su evocación, no es menos cierto que en Sert todo concurre a alimentar la fantasía con una eficacia ejemplar. Por otra parte, si hoy ocupa un elevado rango en la jerarquía de los maestros, es porque los fundamentos de su enseñanza adquieren un lugar preponderante en los medios intelectuales, en las esferas auténticamente calificadas. Al hacernos penetrar en el corazón mismo de la nueva arquitectura, nos hace participar en el complejo campo de una de las investigaciones más caracterizadoras de nuestro tiempo.

El sincretismo de Sert, cuyos rasgos dominantes son el gusto por la acción, la figuración plástica de la emoción, la ciencia de los volúmenes, la magnitud proporcionada de las articulaciones y el penetrante sentido del conjunto, hacen de él una personalidad cautivante. Ciertamente, representa el denodado combate de un hombre en busca del florecimiento del individuo por la truchimanagería de la ciudad nueva.

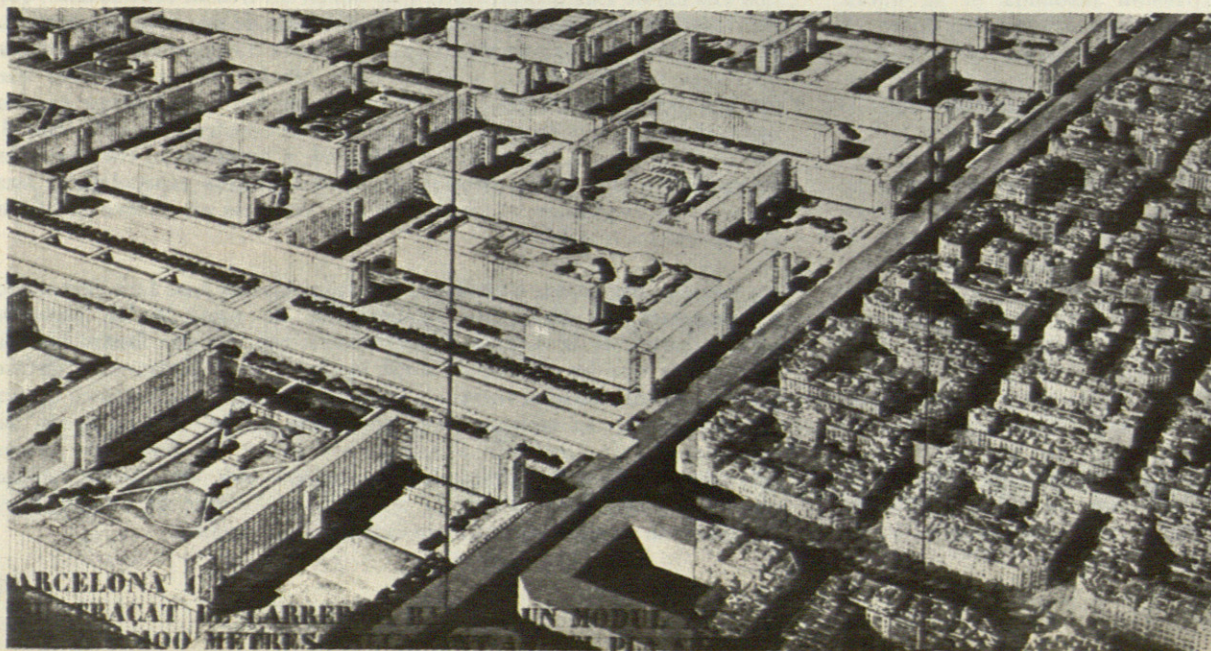
Es cosa manifiesta que Sert no ha elaborado teorías constructivas para justificar una actitud política particular, sino para canalizar, por el camino recto, las secuencias de necesidades colectivas indispensables para la formación y cualificación del ser actual, para que pueda ser beneficiario de una mayor justicia y de un mejor reparto de las ventajas vitales.

Si, durante períodos sombríos alternados, se ha intentado a veces aliar el prestigio al fanatismo, fuerza es reconocer que José Luis Sert ha evitado la emboscada luchando siempre sobre el terreno de una legalidad espiritual, cuyos factores principales darían por resultado el ensanchamiento de las fronteras de la imaginación, y la determinación del concepto sociológico de la arquitectura y del urbanismo contemporáneos. Y no olvidemos que la partida se ha jugado en un mundo que contaba con no variar en absoluto las estructuras existentes, que quería prolongar la permanencia del anonimato más inactual, que no deseaba transformación alguna para no perturbar un sueño, cuya profundidad era incontestable, pero de una eficacia ilusoria y engañosa.

En estas circunstancias, el artista eminente que es Sert ha mostrado que en la arquitectura son constantes la lógica y la serenidad. Al soldar diestramente los elementos eternos de la tradición con los de la vanguardia, ha llegado a elaborar un sistema, cuyas vivas interpretaciones no se parecen a las de ningún otro modelo. Cada una de ellas establece un tipo de tensión constructiva y plástica, que no excluye ni la sobriedad ni la riqueza de la composición.

Contrariamente a algunos hacedores inaprehensibles, cuyos inquietantes productos escapan a toda consideración o se muestran rebeldes a toda definición, José Luis Sert ha concebido obras que no son, en modo alguno, difíciles de captar, de asimilar y de comprender, de tal modo se ha

Casa de apartamentos
en Barcelona. 1931.



Plan Barcelona.

rodeado de claridades y de verdades sin apoyarse sobre ninguna facilidad ni aceptando escapes. Imaginación perpetua e inagotable, su fervor y su fecundidad son como un rito jamás extinguido. Es que José Luis Sert es más que un gran arquitecto. Es un gran creador. Un creador nato, que siembra a manos llenas, a todos los vientos, profusamente, ideas que nada deben a nadie, sino a la recia y maravillosa tradición de su país. Estas ideas han sido explotadas un poco en todas partes, y nadie ha dejado de inspirarse en ellas. Sert ha ametrallado los medios receptivos de la arquitectura moderna con una masa de hallazgos y de novedades, que han hecho escuela, y de las que le son deudores numerosos constructores.

Si se admite que las obras de Sert cuentan entre los bienes culturales del presente, se descubre entonces que guardan potencialmente toda su significación científica y artística, porque manifiestan y resumen los preciosos exponentes de una época renovadora, que se ha liberado del peso de la imitación.

Al tener conocimiento de esta sinopsis se comprende inmediatamente que el tono del comprometimiento es el de la inteligencia. Ahora bien, en este campo se sabe de qué fueron y de qué son capaces los arquitectos españoles. En otro tiempo y durante largos períodos no hubo sino ellos y los arquitectos mediterráneos para emprender, con osadía, y hoy también para seguir, como José Luis Sert, la vía triunfal de la grandeza y de la belleza, del espíritu de necesidad y del espíritu urbano. No dejarán de ver algunos, en esta afirmación, la huella de un nacionalismo a ultranza, pero no lo tendremos en cuenta puesto que hemos sido siempre defensores de una arquitectura latina, cuya ida a las Américas y retorno a Europa no podían sino serle favorables.

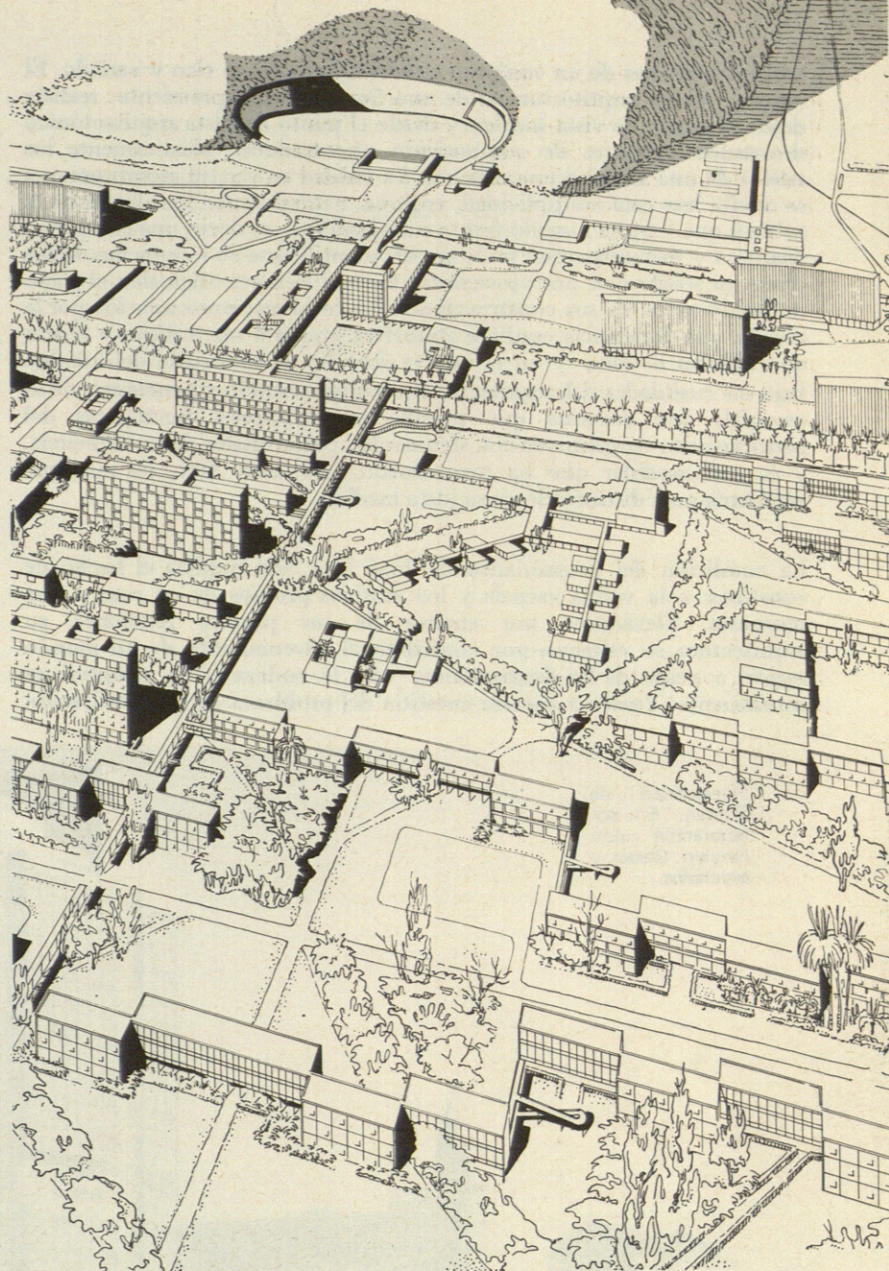
Y sobre esta línea, ¿cómo disociar, pues, el merecido homenaje que hoy se rinde a José Luis Sert, del disgusto que produce pensar que este ir y venir de la mutación constructiva nos lo ha arrebatado y nos ha impedido sumirnos más a menudo en la atmósfera embriagante que fue la de los primeros años de la arquitectura funcional, subsiguientes al famoso manifiesto del Congreso de La Sarraz? Reconozcamos, sin embargo, que las alegrías que nos procura, incluso desde lejos, un gran realizador bien valen su peso en oro. Con él, nunca se sabe por dónde o cómo abordar este nuevo universo, se está proyectado en la impaciencia por sentirlo todo, por descubrirlo todo en este hombre, cuya vida nunca ha conocido, y nunca conocerá más que rigor y generosidad, bien sea en el campo de la arquitectura y del arte bien sea en el del orden social. Siempre percibiréis en su obra hasta qué grado de perfección ha sabido llegar sobre vías, a primera vista, opuestas, la de la forma culta y racional y la de la plástica abstracta que es una de las resultantes de su arquitectura.

Sert bien puede declararse hijo de la tradición de la construcción ibérica, que, a lo largo de diversas épocas gloriosas, ha participado en todas las aventuras de la arquitectura, sin dejar nunca de ser sí misma. Se trata, en efecto, de actos dictados por un sentir que no varía y que se denomina invención continua, si es posible concentrar de este modo el imperioso deber de hacer causa común con los que esperan, con esperanza, la ciudad feliz. Se siente, por consiguiente, solidario de los que se hallan adelantados con respecto a su tiempo.

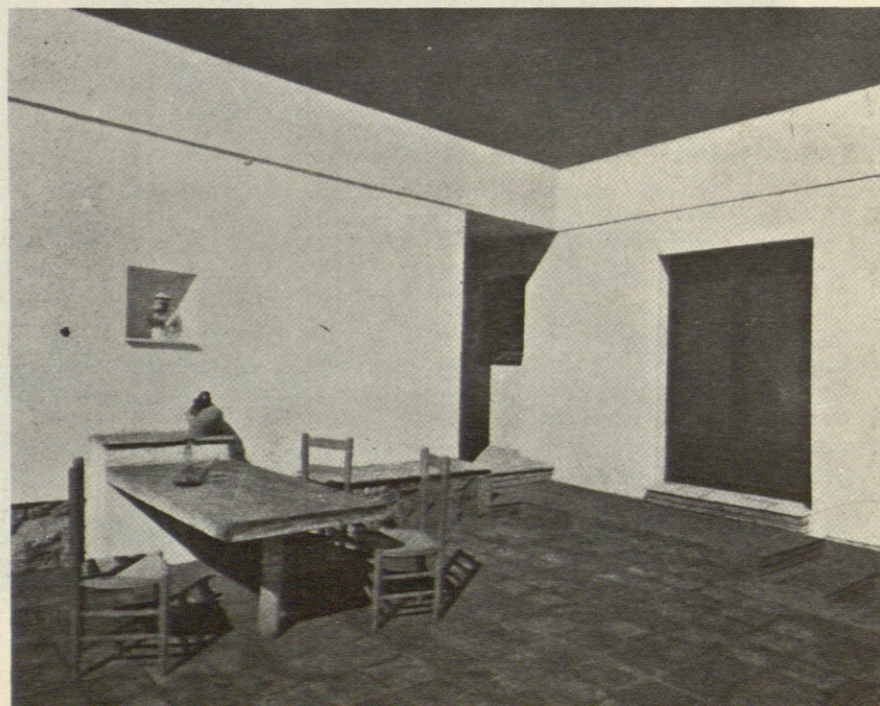
Así, no es temerario subrayar que Sert corrió siempre alegremente sobre la cresta de todas las olas ideales, de donde no ha dejado de sacar ese poder de rebote que es tan particularmente suyo. Además, ha sabido tomar posición tanto con respecto a su primera patria, España, como a la segunda, los Estados Unidos de América, en aquellas circunstancias en que se imponía dar un paso atrás. En todo caso, las reglas de su juego respetan las reglas del género.

Pero, en definitiva, José Luis Sert no se sitúa, no se coloca, no se clasifica. Por lo demás, no tiene gana alguna de hacerlo y se cuida de no hacerlo. Por el contrario, sabe que es incómodo hacer una graduación del público y de la comunicación, que hay cierto decalaje entre la novedad de determinadas obras, así como de lo inédito de ciertas fórmulas, y la audiencia mayor o menor que adquieren estas obras en determinado momento. No obstante, Sert se basa sobre el hecho de que la obra tenida por hermética se hace perfectamente comprensible para el hombre que se transforma. He aquí por qué le hallamos siempre ante nosotros, conduciendo el pelotón de cabeza.

Personaje central de la arquitectura española contemporánea en el extranjero, sus proyectos y sus realizaciones ponen de manifiesto las



La "Ciudad de los Motores" en Brasil. 1945.



Patio de la casa Parellada

múltiples facetas de un conjunto extraordinariamente rico y variado. El lenguaje de su arquitectura es de una flexibilidad sorprendente: realista desde el punto de vista técnico y desde el punto de vista arquitectónico denotando valentías de composición que traducen plásticamente los vuelos de una imaginación ardiente. La unidad en verdad asombrosa que se oculta tras esta multiplicidad, engloba, naturalmente, los efectos de la actitud que Sert ha tomado frente a los hombres, es decir, una curiosidad analítica y deductiva, que no le impide identificarse en lo humano de sus obras, ni señalarlos, por procedimientos casi siempre originales, el plano de fondo social de sus construcciones. La constante preocupación por la ciencia y la conciencia confiere atmósfera propia a sus trabajos y el arte que dimana de ellos y en el que se descubre la sinceridad del hombre bajo las cualidades del arquitecto. Un sentido acerado y penetrante de lo esencial, una doctrina que percibe las relaciones fluctuantes del conocimiento constituyen los argumentos primordiales de su influencia, y la red modular que ha preconizado José Luis Sert. Es más que suficiente para distinguirlo en su justa medida.

La condición del pensamiento de José Luis Sert implica el hecho de constituir a la vez la esencia y los motivos propios de un reto y una respuesta. Elevándose por encima de sus propias funciones, su arquitectura se esfuerza por contribuir al advenimiento de un mundo mejor a pesar de las desgarraduras que le rodean y le caracterizan actualmente. Vuelve a hacerse cuestión del problema de la reunificación

de los principios durables del pasado con los de un futuro percutiente, insertándolos en un plano técnico, económico, sociológico y plástico, e indicando a la vez los peligros que pueden acechar a una puesta en práctica rudimentaria de los nuevos métodos.

Aun cuando haya tropezado, a veces, con la incapacidad comprensiva de determinadas categorías de la sociedad, Sert se ha batido siempre por ideas nobles y en un campo de pura creación. Su arquitectura, sobre todo por esta razón, y su urbanismo, jamás ha dejado de detentar una vocación investigadora: sus teorías se basan no sobre reivindicaciones elementales, sino sobre exigencias intelectuales y espirituales.

Vibrante y a veces violenta acusación lanzada sobre cuanto impide la desintoxicación y la revalorización del hombre, no en el sentido del psicoanálisis, del sartrismo o del estructuralismo, sino con respecto al clima, al orden y al espíritu mediterráneo: he aquí el aporte principal de Sert. Si ha declarado cuestionables una y otra vez los formalismos, y ha tomado posiciones para sostener unas tesis y rechazar otras, sus procedimientos no implicaban, sin embargo, más que un fin supremo: la edificación de la ciudad de la felicidad.

Hoy festejamos, como es debido, a José Luis Sert y le tendemos, fervorosamente, dos manos amigas.

Alberto SARTORIS.

Universidad de Boston. En colaboración con Hoylen Doran y asociados.

